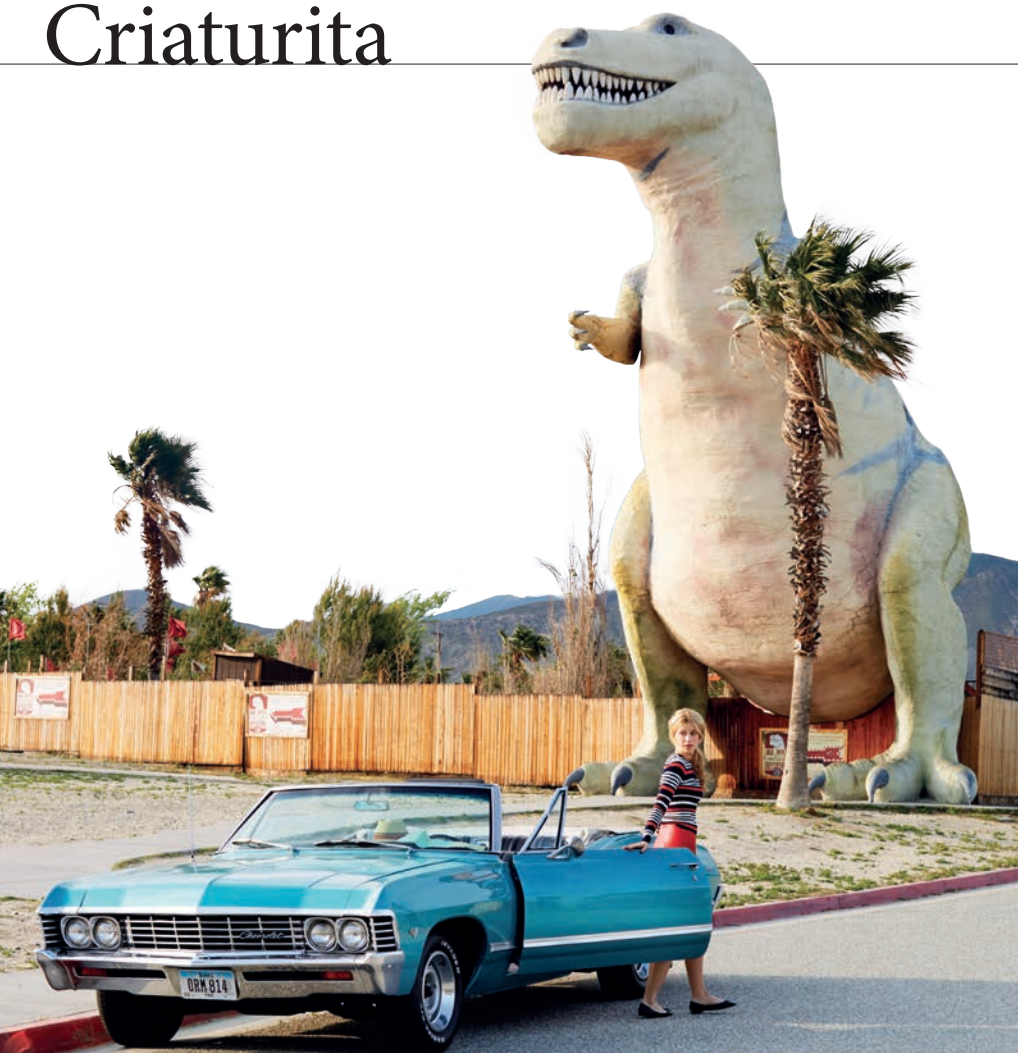




Seix Barral

María Bastarós

Criaturita





Seix Barral Biblioteca Breve

María Bastarós

Criaturita

© María Bastarós, 2025

por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Ilustración del interior: Alba Casanova

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-322-4895-5

Depósito legal: B. 14.099-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Seguirá a ese hombre hasta donde él quiera llevarla, igual que ha hecho con otros antes.

El primero al que siguió ni siquiera era un hombre, a lo sumo un chico, un adolescente de pelo negrísimo y brotes de acné con el que le gustaba apretujarse entre dos coches y compartir sobres de sidral. Aquel chico tenía las patas largas y flacas como una mosca de agua y corría más que ningún otro del curso. Se llamaba Marlon. Una mañana se saltaron la primera hora de clase y compartieron un cigarrillo, parapetados tras el murete del parking de profesores. Marlon le había puesto al cigarrillo un poco de hachís y todo olía a barro, a pasto, a pezuña de vaca. Fumaron en silencio hasta que él se quedó de pronto mirando algo que no existía, tal vez el fantasma de un jilguero o un reflejo fugaz del sol sobre el capó de un coche, y dijo que él corría de esa forma porque estaba acostumbrado a huir, que cuando corría imaginaba que dejaba todo atrás, la casa de sus padres y el colegio y el pueblo y el lago Milagro y los campos de jacarandas y pinos llorones y todo lo que había después.

Luego meneó la cabeza, aspiró el porro hasta que la punta se volvió incandescente.

—Al menos antes tenía a Mila —añadió.

—¿Mila? —a la chica se le pusieron los pelos de punta. Imaginó una grácil estudiante de intercambio rubia, quizá pecosa, con una de esas narices desprovistas de hueso—, ¿quién es Mila?

—Mi perra —respondió Marlon.

Sacó una foto arrugada del bolsillo trasero de los vaqueros. Ante el rectángulo celeste de una piscina vacía posaba una perra color topo, anciana y lastimera; la cadera desplazada hacia la derecha, un frisbee impoluto descansando sobre el césped.

—No lo llegó a estrenar —dijo él—. Mi padre la llevó a que la durmieran. Según él no había remedio. —Cerró los ojos; hubo tres segundos de luto—. ¿Se te ha muerto alguna vez alguien?

La chica carraspeó, esperando a que él se diera cuenta. Pero no sucedió.

—Mi padre —dijo por fin.

—Ya, ya —respondió Marlon—, me refería a alguien más.

Ella se encogió de hombros, pensó un momento. Negó con la cabeza.

Antes de ser un cadáver, el padre de la chica había sido biólogo, explorador, un tipo aguerrido, un poco patizambo, un ojo añil y el otro pardo y un colmillo quebrado, la costumbre de golpearse el pecho cuando daba con alguna revelación. Las tenía muy de vez en cuando, las revelaciones: una por jornada en sus semanas menos productivas, tres o cuatro cuando el mundo se le acerca-

ba, como un exhibicionista abriéndose la gabardina en el parque, y le mostraba sus misterios.

A la chica le gustaba mirar al padre.

Lo observaba escapar del mundo a través de los agujeros de su propia cabeza, perderse en sus tribulaciones, tomar febriles notas en libretas de bordes descoloridos. Cuando aún estaba vivo, el padre salía a pasear por las tardes. Tomaba como punto de inicio la parte de atrás de la casa, en la linde con el bosque, y acababa en casi cualquier parte: haciendo gárgaras con licor de hierbas en uno de los pueblos vecinos, tomando muestras de guano en una gruta atestada de murciélagos, agachado y silencioso sobre el rastro de un gran reptil. La chica solía seguirle, solo unos metros por detrás. Procuraba imitar sus pasos, la forma algo cóncava de sus piernas, hasta que al cabo de un rato el dolor se le enroscaba en las rodillas, cada vez más apretado, y tenía que conformarse con su andar insípido, recto, nada lesivo.

A veces el padre se giraba a decirle algo, a veces paseaban en silencio toda la tarde. Todo el mundo sabía que el padre había muerto.

Aunque Aguas Claras, el pueblo en el que vivía la chica, era el más grande del valle Milagro, no llegaba a los seis mil habitantes, y todos se tomaban la vida y la muerte ajena como algo personal. Por eso existía, como en el resto de los pueblos del valle, una consolidada afición por la lectura de esquelas. Las del padre habían sido abundantes: de la madre y de la chica, del rector de la Universidad de Aguas Altas, de varias revistas de biología que llevaban una década sin responder a sus llamadas, de una asociación de antiguos alumnos. El funeral se había celebrado

hacía entonces *un año, tres meses y nueve días*. La chica no era especialmente diestra en matemáticas y tampoco podía presumir de orientación espacial, pero en cuanto al funeral del padre tenía instalado un cronómetro interno, un minuterio bien encajado entre las vísceras, y no necesitaba echar cuentas para saber cuánto tiempo llevaba él encerrado en esa caja a dos metros de profundidad. Muchos vecinos habían acudido a la cita, todos intentando parecer acongojados pero con la secreta intención —o eso estimó la chica— de buscarse un plan de domingo en un lugar donde pasaba poco.

Lo que nadie en el valle sabía era cómo había muerto el padre *exactamente*, y eso era una suerte para ella.

Murió fondeando el lago Milagro, les decía a unos.

O murió atrapado en una gruta primitiva, recuperando los restos de un celacanto.

Y su favorita:

Murió en el mar de Bering, enredado en las redes de unos pescadores furtivos. Antes de morir, le dio tiempo a cortarlas.

Aquella mentira le llenaba la boca a la chica como una hogaza recién hecha. La había contado tanto que hasta había germinado en ella un poco de verdad, y a veces le parecía que el padre había muerto en efecto cortando una red en medio de un mar helado, los dedos violetas y el corazón convertido en una estalactita.

Estaba a punto de contarle aquello a Marlon —¿*Sabes cómo murió en realidad mi padre?*— cuando, de pronto, él dejó el porro en el suelo y le agarró la mano.

Eso era algo que nunca había sucedido, pero que la chica había imaginado a menudo.

Contuvo la respiración y dejó la mano ahí, acurrucada como un pájaro enfermo. Notó que Marlon apreta-

ba el puño varias veces, a distintos ritmos, igual que en un código morse que ella debiera descifrar. Por supuesto, interpretó aquel mensaje como una invitación para huir juntos. Para desertar de la vida sin Mila, de la vida sin el padre. Podrían vivir a su aire, imaginó la chica, en una cabaña bien oculta en el bosque de pino llorón, una cabaña imposible de encontrar. Se alimentarían de lo que ellos mismos cazasen, y ella aprendería a cocinar con un palo y un par de pedazos de carbón. En época estival iría siempre desnuda, cubierta de barro, y le quedaría de fábula.

Al día siguiente, Marlon no recordaba haberle hecho ninguna de esas confesiones.

Nada de correr para escapar de su familia y hasta del pueblo, nada de Mila, nada de dejar atrás el lago Milagro y el campo de jacarandas y pinos llorones. Su cara, de hecho, se tornó sombría y críptica cuando la chica lo mencionó. Pero ella ya se había apuntado a atletismo para poder correr —*huir*, en su cabeza— a su lado, y él no se sintió con la energía de disuadirla. Era algo que sucedía a menudo: el amor de la chica, como uno de esos gorriones que se cuelan en las bodas, entraba de puntillas por cualquier fisura de la determinación ajena. Donde una puerta quedaba ligeramente entreabierta, aunque fuera por un descuido, su afecto metía primero un pie y luego la pierna entera, y al final se acomodaba en el sofá a masticar chicle con la boca abierta.

Después de clase, la chica caminaba hasta la pista de arena y grava rojiza. El campo de atletismo estaba ubicado en pleno valle, así que sentía que iba a correr para todas esas montañas y riscos, que la naturaleza entera juzgaba su desempeño. La chica estiraba aductores y cuádriceps sin saber muy bien lo que hacía, provocándose

algún tirón. Luego llegaba el profesor de gimnasia, enfundado en su chándal de poliéster y su incuestionable autoridad, y soplaba feroz el silbato que daba inicio a la carrera.

A la chica, como a muchos otros aunque no a Marlon, aquel profesor le provocaba pesadillas.

De su origen no se sabía nada: era uno de esos tipos que un buen día aparecían en el valle y se ponían a trabajar de lo que fuera, uno de esos que siempre echaban las cortinas cuando estaban en casa, siendo a menudo la *casa* una caravana aparcada en la periferia del pueblo. Algunos de esos tipos llevaban tatuajes borrosos en el cuello, otros tenían los nudillos deformados. En el instituto se comentaba que aquel profesor había sufrido un asalto en una de las gasolineras del valle. Un chaval tembloroso y con una camiseta de un grupo de rock le había apuntado con una pistola y le había exigido la cartera. El profesor había agarrado despacio el cañón, dirigiéndolo hacia su propia cara. Luego lo había apretado contra su entrecejo y berreado: *¡Aprieta, chaval, aprieta! ¡Después te sentirás de maravilla!* El chaval había roto a llorar. Cuando, alertado por el dependiente de la gasolinera, llegó el primer policía, el chaval se lanzó a sus brazos en busca de consuelo.

Al principio la chica supuso que ella y Marlon correrían siempre a la par, como dos hermanos siameses separados al nacer. Pero él enseguida la superaba y la dejaba atrás, y hasta daba una vuelta entera a la pista y volvía a adelantarla. Una tarde la chica se dio cuenta de que Marlon pasaba cada vez más lejos de ella, a dos o tres calles de distancia aunque hubieran comenzado a correr en la contigua. A veces echaba la vista atrás y la observaba durante unos instantes mientras corría. Ella pensaba

que con esa mirada puntual pretendía asegurarse de que todavía estaba ahí, de que no se había marchado a ninguna parte, pero lo cierto es que la cara de Marlon fue adoptando un gesto cada vez más urgente, más despavorido, como si la hubiera sumado a su lista de cosas de las que huir.

Los padres,
la casa,
el colegio,
el lago Milagro,
los bosques de jacaranda y pino llorón,
ella.

En pocas semanas Marlon se hizo inalcanzable, un fuera de serie. El profesor de gimnasia estaba exultante, hasta le regaló unas deportivas de marca con su nombre grabado en la lengüeta. *¡Aprieta, chaval, aprieta! ¡Después te sentirás de maravilla!*, gritaba cada vez que Marlon se acercaba a la meta. Ese año ganó todas las competiciones del colegio. La chica llegaba siempre entre las últimas, las rodillas ensangrentadas y las sienes palpitando como aterrados corazones de hámster. Mientras luchaba por no perder el conocimiento, el campo visual se le teñía de negro y morado, negro y naranja, negro y lima limón. Manchas de contornos escurridizos como amebas se dilataban y contraían en la oscuridad. A veces, cuando apenas conservaba ya el dominio de los pies, veía entre las manchas al padre, vivo y en su mejor versión, sosegado y sonriente como en un día de pícnic. Siempre dispuesto a compartir sus conocimientos, aunque fuera desde el más allá, el padre le decía cosas del tipo:

Kaila, el pez gato tiene doce hileras de dientes, ¿te ima-

ginas? ¡Doce hileras! Un auténtico depredador. ¿Eres tú una depredadora, Kaila?

O quizá:

Oye, Kaila, si no puedes soportarlo más, siempre puedes fingir un desmayo. El cíclido centroamericano finge estar muerto para atraer a sus presas. En cuanto un pecesito se acerca para darle un mordisco, ¡PUM!, el cíclido se despierta y ataca. El asunto es que a veces no viene mal convertirse en cadáver. Aunque, claro, ¿qué te voy a decir yo?

La chica llegaba a la meta en soledad, justo para ver cómo Marlon levantaba un trofeo tras otro. Nunca le dedicó ninguno, ni le agradeció el dudoso papel que había ejercido en esa velocidad tan imposible de batir. Eso, por supuesto, era todo un alivio. Quizá fuera solo una sospecha suya. El enamoramiento, según había leído en una revista, aumentaba el riesgo de infarto —¿o era de cáncer?, no podía recordarlo— y la colmaba a una de inseguridades. Durante meses tuvo pesadillas en las que Marlon le mandaba un mensaje que solo decía: *Gracias por enseñarme a correr de verdad*. Se despertaba en un charco de agua, siempre temerosa de haberse hecho pis encima, pero el agua era transparente y dulce. La chica olfateaba aquella agua y le parecía que era igual que la del Milagro, como si hubiera vuelto del sueño a través del lago. Todos en el pueblo sabían mucho de agua. La región —cinco pueblos distribuidos en las orillas de un lago de profundidad desconocida— era líquida en un 60 %, igual que el cuerpo humano. A los vecinos del Milagro les gustaba decir que, cuando uno miraba unos segundos el sol y luego cerraba los ojos, lo que veía recortado

sobre el fondo negro era, precisamente, la silueta del lago. Y tenían razón.

En cuanto la chica se despertaba, arrojada a la realidad por aquellos sueños hostiles, la Madre acudía solícita a su dormitorio. La Madre tenía un radar: podía escuchar a la chica desplegar los párpados por las mañanas, el batir de sus pestañas en la madrugada. Era esa clase de Madre, toda su anatomía puesta al servicio de la chica. En cuanto la oía agitarse en sueños llegaba con un vaso de agua, envuelta en su sempiterna bata. La bata, aunque muy cuidada, tenía al menos la misma edad que la chica, y ella no recordaba a la Madre sin esa prenda de patchwork acolchada.

—¿Necesitas algo, nena?

La chica se giraba en la cama, la cara a escasos milímetros de la pared.

Y resoplaba. Gruñía. Se mordía los nudillos.

Claro que necesitaba algo.

Pero ese algo no era ella.